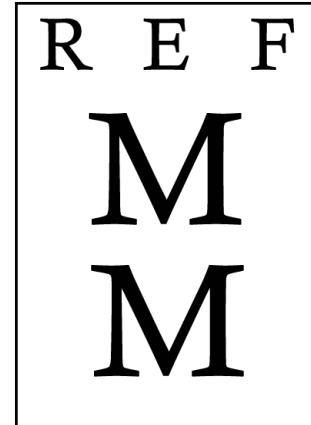


El desinterés como problema ético, estético y ontológico

Candela Potente^Φ

Universidad de Buenos Aires

candelapotente@gmail.com



Resumen

La crítica al desinterés que Nietzsche dirige a Kant se plantea, en una primera instancia, desde un punto de vista estético. Pero en el pensamiento kantiano hay ya una relación entre la estética y la ética dada por el concepto mismo de interés. A su vez, estas dos perspectivas presuponen una tercera, que es la ontológica, que señala una relación determinada entre sujeto y objeto. A través de un análisis de estos aspectos de la filosofía de Kant y de las objeciones que Nietzsche dirige a él, veremos que la crítica al desinterés involucra no sólo cuestiones estéticas –dónde se da el origen del arte, qué relevancia tiene el espectador, cuál es la relación entre el artista y su obra– sino también éticas –la moral de la “renuncia a sí” y la “mala consciencia”– y ontológicas –la abstracción de lo subjetivo o su recuperación mediante la figura del artista interesado–.

Palabras clave: desinterés, arte, estética, ética, ontología, Nietzsche, Kant, sujeto.

^Φ Estudiante de la carrera de Filosofía en la Universidad de Buenos Aires. Investiga la relación de los museos con las teorías estéticas. Forma parte del grupo editorial de la revista del Centro de Investigaciones Artísticas.

[E]l arte es lo contrario de una operación «desinteresada»: no cura, no calma, no sublima, no desinteresa, no «elimina» el deseo, el instinto ni la voluntad. El arte, al contrario, es «estimulante de la voluntad de poder», «excitante del querer»
Deleuze, *Nietzsche y la filosofía*

La contemplación desinteresada en Kant ha sido fuertemente criticada por Nietzsche. Esto involucra compromisos conceptuales desde el punto de vista estético, ético y ontológico. ¿Cuál es la relación del arte con la moral? ¿Cómo se vinculan sujeto y objeto? ¿Cuál es la relación entre ética y estética? ¿Cuáles son los presupuestos ontológicos de estas dos perspectivas? Intentaremos aquí comprender la crítica nietzscheana al desinterés y encontrar su fundamento a través de un análisis de las relaciones que se pueden establecer entre estética y ética en Kant y cuáles son los presupuestos ontológicos de su tratamiento.

Del interés al desinterés: Kant

En el análisis del juicio de gusto Kant define el interés como la satisfacción vinculada a la representación de la existencia de un objeto¹, es decir que para poder determinar si algo es bello, lo único que importa es cómo se juzga a la cosa en la mera contemplación, ya que en el caso contrario el juicio de gusto no es puro. Cualquier mezcla del juicio sobre belleza con el menor interés vuelve a ese juicio parcial; es necesario permanecer indiferente con respecto a la cosa “para hacer el papel de juez en las cosas del gusto”².

El concepto de interés lo trae Kant a su tercera *Crítica* desde la teoría moral³. En la *Fundamentación de la Metafísica de las Costumbres*, lo define como un tipo de dependencia –diferente de la inclinación– que caracteriza la contingencia en las determinaciones de la voluntad empíricamente condicionada. Tener una inclinación por un objeto no es aún tener interés en él. El interés surge cuando, a partir de una inclinación que habitualmente se satisface, un sujeto forma una *máxima* por la cual debe satisfacer tal inclinación con cierta regularidad: es allí donde no hay meramente una inclinación sino un interés. Como seres racionales, no *tenemos* intereses, simplemente, sino que *tomamos* interés en algo a través del aval de la razón. En palabras de Kant:

Quando una voluntad determinada por contingencia depende de principios de la razón, llámase esto *interés*. El interés se halla, pues, sólo en una voluntad

¹ Kant, Immanuel, *Crítica del Juicio*, trad. M. García Morente. Madrid, Espasa Calpe, 2007, §2.

² *Ibid.*.

³ Allison, Henry, *Kant's Theory of Taste: A Reading of the Critique of Aesthetic Judgment*. Cambridge, Cambridge University Press, 2001, pp. 86, 87.

dependiente, que no es por sí misma siempre conforme a la razón; en la voluntad divina no cabe pensar con interés⁴.

Es decir que nuestra habilidad para tomar interés en algo nos define como seres finitos –puesto que tenemos inclinaciones que pueden hacernos tomar interés en algo– y, a la vez, como seres racionales –ya que necesitamos el aval de la razón para tomar interés–. Es por este aval de la razón que es tan importante para la *Crítica de la razón práctica* demostrar que existe la acción desinteresada, y que lo que se debe *criticar* es precisamente el uso empírico de la razón práctica, la acción de la voluntad fundamentada en determinaciones empíricas, como veremos más adelante.

El juicio sobre el objeto sólo es libre en la medida en que no está vinculado con un interés, ya que éste siempre presupone una exigencia o la produce. Este carácter de libertad se establece en términos de presencia o ausencia de una necesidad⁵. El juicio de belleza es *independiente* de toda necesidad moral, del mismo modo que de toda necesidad proveniente de nuestra naturaleza sensitiva: éste es el significado del desinterés (y, a su vez, el fundamento de la autonomía del juicio puro de gusto).⁶

Kant introdujo el desinterés para diferenciar el juicio de gusto de la agencia moral, donde siempre hay intereses involucrados. Planteó un juicio en que el sujeto debe ser indiferente ante la existencia del objeto, porque si hay un interés en una cosa, la representación de esa cosa generará satisfacción y, si esto es así, esa misma cosa tendrá la posibilidad de ser objeto de la facultad de desear, por lo cual ya no puede haber juicio de gusto, pues se tratará de un juicio interesado⁷.

Esta búsqueda del desinterés, si bien introduce una diferencia, como recién dijimos, con respecto a la agencia moral, aparece con otra forma en la *Crítica de la razón práctica*. Uno de los objetivos centrales de esta segunda *Crítica* es examinar si es posible fundamentar la determinación de la voluntad en la razón pura, o si sólo es posible esta fundamentación bajo condiciones empíricas, ya que “si la razón determinase la voluntad totalmente, la acción ocurriría indefectiblemente según esa regla [el imperativo que, cuando es categórico, es *ley*]”⁸, puesto que “[l]a razón, en una ley práctica, determina la voluntad inmediatamente y no por medio de un sentimiento de placer y dolor que venga a interponerse”⁹. Este placer surge de la relación del sujeto con respecto a la realidad de un objeto, que es precisamente lo que se representa en un interés.

⁴ Kant, Immanuel, *Fundamentación de la Metafísica de las Costumbres*, trad. M. García Morente. México, Porrúa, 2007, p. 37, nota 3.

⁵ En este caso la palabra “necesidad”, apunta Allison, es usada en sentido amplio.

⁶ Allison, Henry, *op. cit.*, p. 94.

⁷ Esta ley moral, como Kant explica en su *Crítica de la Razón Práctica*, es un principio práctico objetivo, es decir que vale para todo ser racional, a diferencia de las máximas, que son principios prácticos subjetivos y que, en tanto tales, valen sólo para su propia voluntad.

⁸ Kant, Immanuel, *Crítica de la razón práctica*. México, Porrúa, 2007, p. 112.

⁹ *Ibid*., p. 115.

Descartada la posibilidad de que el fundamento de la determinación de la voluntad sea material, Kant concluye que esta determinación se puede pensar sólo según la forma de la legislación universal¹⁰. La búsqueda de una ley universal en Kant lo lleva indefectiblemente a descartar la vía del principio material porque advierte que la materia como fundamento de la determinación de la voluntad sólo podría constituir un principio empírico o máxima, y no un principio objetivo o ley moral (distinción que aparece en la definición que da inicio a la Analítica de la *Crítica de la razón práctica* y que es la base fundamental de la argumentación). En la medida en que Kant busca pensar una ley universal que rija *a priori*, “[e]ncontrar una ley que rija todas las inclinaciones en conjunto bajo esta condición, a saber, de coincidencia entre todas, es absolutamente imposible”¹¹, ya que no hay ninguna inclinación que surja por obediencia a una ley *necesaria*.

En este sentido es que en la *Fundamentación de la Metafísica de las Costumbres* Kant explica que sólo tienen valor moral las acciones hechas por deber, y no por inclinación. Porque actuar por deber implica obedecer a la ley moral, al imperativo categórico, pues actuar por inclinación involucra hacerlo según una máxima, es decir, un principio empírico. Según el imperativo, no se debe obrar más que de modo que pueda querer que la máxima subjetiva se legisle *universalmente* (en concordancia con lo anterior, se ve que el principio de la ley es meramente formal). Si se actúa según una máxima que no podría ser ley universal, esa máxima se autodestruye por la contradicción que encuentra con respecto a la ley moral. Esto quiere decir que el sujeto fenoménico debe adaptar sus acciones empíricas a un principio formal no-empírico, de modo tal que lógicamente no haya tensión entre una máxima subjetiva y una ley objetiva, sino que haya entre ambas una cierta armonía o compatibilidad que se da en el obrante que actúa por deber.

Interesará aquí el hecho de que las acciones efectuadas por inclinación no tengan valor moral alguno. Kant dice:

[el imperativo categórico] debe hacer abstracción de todo objeto, hasta el punto de que este objeto no tenga sobre la voluntad el menor *influjo*, para que la razón práctica (voluntad) no sea una mera administradora de ajeno interés, sino que demuestre su propia autoridad imperativa como legislación suprema¹²

Aunque con otros objetivos y con otras consecuencias, Kant vuelve a rechazar el interés –por rechazar las inclinaciones–, ya que si la voluntad se deja influir por éste, no estará actuando por deber, sino por inclinación. Al ser una ley formal, el imperativo categórico debe hacer abstracción del objeto, del mismo modo en que el juicio de gusto debía contemplar desinteresadamente. Por supuesto las razones por

¹⁰ *Ibíd.*, pp. 118, 119.

¹¹ *Ibíd.*, p. 120.

¹² Kant, Immanuel, *Fundamentación de la Metafísica de las Costumbres*, trad. M. García Morente. México, Porrúa, 2007, p. 58.

las que esto sucede y el contexto en que lo hace son notablemente distintas, y no se trata aquí de hacer una analogía ni un paralelismo¹³, sino de, teniendo como base la procedencia del concepto de interés en la *Crítica del Juicio*—y su confirmación en los textos—, intentar comprender la crítica al desinterés que hace Nietzsche, y ver en qué medida hay en Kant elementos para que esta crítica tenga una relevancia fundamental en la relación entre ética y estética.

Kant encuentra el influjo del interés en las acciones del sujeto en la medida en que es fenoménico; busca demostrar la posibilidad de una acción desinteresada en su teoría moral y establece el desinterés como condición de la pureza del juicio de gusto. Así como el tránsito que hace es el de encontrar el interés y buscar el desinterés, Nietzsche encuentra el desinterés en la estética de Kant y busca recuperar al sujeto empírico mediante la figura del artista interesado.

Del desinterés al interés: Nietzsche

En *Genealogía de la moral* Nietzsche enuncia su crítica al desinterés, dirigida explícitamente hacia la estética kantiana. Allí dice que Kant creyó privilegiar al arte atribuyéndole características propias del conocimiento: impersonalidad y validez universal. La universalidad es algo que se ve muy claramente a partir de lo analizado en el apartado anterior: el interés sitúa al sujeto en su carácter fenoménico, pues la existencia de la cosa posibilita que ésta sea objeto de la facultad de desear. Si un sujeto tiene interés en la representación de un objeto, hay algo de lo subjetivo (en términos de sujeto empírico, fenoménico) que se manifiesta; donde puede haber una inclinación, está en juego lo subjetivo fenoménico.

Por este motivo, el juicio de gusto no puede ser interesado, porque lo subjetivo que está en juego en este juicio corresponde al sujeto trascendental. Esto se explica en el hecho de que el juicio de belleza no está fundado en un Juicio determinante (en el que lo universal es dado), sino reflexionante (donde lo dado es lo particular). Como el Juicio reflexionante debe encontrar lo universal a través de lo particular que le es dado, es en el sujeto en que debe buscar esa universalidad, del mismo modo que el Juicio determinante ya tenía la universalidad en lo que *a priori* podía determinar el múltiple sensible para constituir el objeto de conocimiento.¹⁴ Así, puede verse claramente que en este juicio de gusto kantiano aparecen los dos elementos que mencionaba Nietzsche: la impersonalidad (en la medida en que para Nietzsche lo

¹³ Más exactamente, hacer una analogía generaría muchísimos problemas. Por un lado, en el juicio de gusto no está presente la representación de una ley moral, no se trata de que la voluntad sea buena ni hay presente concepto alguno del bien. Por otro lado, la teoría moral kantiana, en tanto *metafísica* de las costumbres, involucra una consideración central del ámbito nouménico y, por lo tanto, con la razón en sentido estricto, mientras que en el juicio de belleza no hay concurso de la razón (como sí lo hay en el juicio sobre lo sublime), sino del libre juego entre la imaginación y el entendimiento. El objetivo del presente trabajo es comprender del modo más completo posible la crítica al desinterés en Nietzsche, considerando la omisión del interés desde un punto de vista no sólo estético, sino también ético y ontológico, como se verá más adelante.

¹⁴ Cf. Kant, Immanuel, *Crítica del Juicio*, trad. M. García Morente. Madrid, Espasa Calpe, 2007, p. 103.

personal, subjetivo sólo puede tener la forma de lo que en Kant es el sujeto fenoménico¹⁵) y la validez universal (ya que el Juicio reflexionante busca en el sujeto trascendental un principio válido para todos los seres racionales).

Kant se ocupa del problema estético desde el punto de vista del espectador: si lo que se analiza es el *juicio* de gusto, el problema del arte se reduce al juicio sobre éste. En *El nacimiento de la tragedia* Nietzsche dice estar en desacuerdo con Schopenhauer (incluso en la época en la que se consideraba cercano a él) respecto de la antítesis de lo subjetivo y lo objetivo: esta antítesis es inadecuada en estética, porque no permite ver al hombre como origen mismo del arte, sino sólo como su adversario¹⁶. En Kant también hay una antítesis entre el sujeto y el objeto, ya que el espectador no tiene ninguna relación con la creación de la obra de arte, y en la medida en que es su adversario sólo puede crear un juicio de gusto a partir de su contemplación. La crítica al desinterés muestra en este desacuerdo de Nietzsche con Schopenhauer la dimensión ontológica del problema: se trata de la relación que tiene el sujeto con el objeto y de qué de eso subjetivo está en juego en la contemplación de la obra artística. A continuación veremos el vínculo de esta dimensión ontológica con el punto de vista ético.

Nietzsche contrasta lo bello desinteresado en Kant con la definición que da Stendhal (“un verdadero «espectador» y artista”), para quien lo bello es una promesa de felicidad¹⁷. Esta promesa no permitiría nunca el desinterés –y, por lo tanto, el juicio puro de gusto–, ya que si lo bello promete felicidad (definida por Kant como la suma total de las inclinaciones), el sujeto no podrá ser indiferente frente a ese objeto de belleza, es decir que habrá un interés. Agamben ve que en Nietzsche hay una purificación del concepto de belleza que permite considerar al arte desde la perspectiva del creador:

Pigmalión, el escultor que se exalta debido a su propia creación, hasta el punto de desear que no pertenezca más al arte sino a la vida, es el símbolo de esa rotación que va desde la idea de belleza desinteresada como denominador del arte, hasta la felicidad, es decir, a la idea de un ilimitado acrecentamiento y potenciación de los valores vitales, mientras que el eje de la reflexión sobre el arte se desplaza del espectador desinteresado al artista interesado.¹⁸

Lo que empieza a estar en juego son los “valores vitales”. El discurso sobre el arte empieza a tener una relación con la vida que, en cuanto vida sensitiva, no podría nunca aceptar una estética del espectador como la kantiana, que sólo puede considerar al arte como objeto de un juicio que nada tiene que ver con el interés y,

¹⁵ En efecto, Nietzsche reúne los conceptos de desinterés e impersonalidad explícitamente. (Cf. Nietzsche, Friedrich, *Ecce Homo*, trad. A. Sánchez Pascual. Madrid, Alianza, 1996, Por qué soy tan inteligente, §1.)

¹⁶ Cf. Nietzsche, Friedrich, *El nacimiento de la tragedia*, trad. A. Sánchez Pascual. Madrid, Alianza, 1980, §5.

¹⁷ Cf. Nietzsche, Friedrich, *La genealogía de la moral*, trad. A. Sánchez Pascual. Madrid, Alianza, 2008, III, §6.

¹⁸ Agamben, Giorgio, *El hombre sin contenido*, trad. E. Margareto Kohrmann. Barcelona, Àltera, 2005, p. 11.

por lo tanto, con la vida. Toma en cuenta la creación sólo en la figura del genio, que es siempre una figura de talento innato, que crea irracionalmente y cuya obra él mismo no puede explicar. El creador se convierte en este contexto “en un oráculo, en un sacerdote, e incluso más que un sacerdote, en una especie de portavoz del «en-sí» de las cosas”¹⁹.

La relación que el artista-genio mantiene con su obra es una relación que podría calificarse de arbitraria: no hay nada del sujeto que se manifieste en ese objeto, la naturaleza habla a través del genio para crear una obra del que él mismo no tiene consciencia, en el que no emplea un “trabajo”. El genio se disuelve en el objeto porque en éste no hay nada que indique la huella de un artista en la medida en que éste es un sujeto fenoménico.

En la medida en que en la producción de una obra de arte entran en juego los valores vitales, vemos que la crítica al desinterés se empieza a desplazar del ámbito meramente estético para tomar una dimensión ética que Nietzsche mismo reconoce:

No queda remedio: es necesario exigir cuentas y someter a juicio despiadadamente a los sentimientos de abnegación, de sacrificio por el prójimo, a la entera moral de la renuncia a sí: y hacer lo mismo con la estética de la «contemplación desinteresada», bajo la cual un arte castrado intenta crearse hoy, de manera bastante seductora, una buena conciencia²⁰

No es casual que la “contemplación desinteresada” y la moral de la “renuncia a sí” sean rechazadas conjuntamente. El sujeto se desliga de lo subjetivo que lo constituye, y de este modo se crea una “buena consciencia”: el problema es ontológico y ético, además de estético. Desde el punto de vista ontológico, la suspensión del interés subjetivo deja al objeto en soledad, que a su vez conduce a un “objetivismo”: “El «querer ser objetivo» (...) en los modernos es desprecio de sí, a ellos les gustaría como a Schopenhauer «desembarazarse de ellos mismos» en el arte; perderse en el objeto, «negarse» a sí mismos. Pero no hay «cosa en sí», ¡señores míos!”²¹. Esta negación de sí también puede encontrarse en Kant, porque si bien en la ética y estética kantianas hay una afirmación de sí como sujeto trascendental, definitivamente hay una intención de negación de sí o una abstracción de sí como sujeto fenoménico, que es la dimensión de lo subjetivo en la que se puede hablar de “valores vitales”.

En otras palabras, la relación que hay entre sujeto y objeto en Kant puede verse desde dos perspectivas. La primera considera al sujeto como sujeto trascendental, lo cual determinaría muy claramente que lo que se privilegia es lo subjetivo, puesto que se debe hacer abstracción del objeto y del interés del que éste pueda ser causa. La

¹⁹ Nietzsche, Friedrich, *op. cit.*, III, §5

²⁰ Nietzsche, Friedrich, *Más allá del bien y del mal*, trad. A. Sánchez Pascual. Madrid, Alianza, 2007, §33.

²¹ Nietzsche, Friedrich, *Estética y teoría de las artes*, trad. A. Izquierdo. Madrid, Tecnos, 1999, §175.

segunda perspectiva considera al sujeto en términos empíricos –que es el que le interesa a Nietzsche–, con lo cual no es difícil ver que Kant hace total abstracción de lo subjetivo en estos términos para “perdersé en el objeto”. El intento es el de lograr desligarse de lo particular de lo subjetivo fenoménico en privilegio de una subjetividad universal que poco tiene de subjetiva si lo que está en juego en el sujeto son los “valores vitales”; es en ese sentido que se puede decir que Kant pretende ser objetivo.

Desde el punto de vista ético, pareciera que para Nietzsche esta “buena conciencia” que el “arte castrado” intenta crearse (podríamos decir “castrado de sus instintos naturales”) es lo que Nietzsche caracteriza como “mala conciencia”. Su origen se da en la suspensión de los instintos²², que dejan de reclamar sus exigencias y no se desahogan hacia afuera, por lo cual se vuelven hacia adentro y *contra él*²³. Ahora bien, si bien la mala conciencia tiene un aspecto reactivo que es el de la enemistad, la crueldad, la agresión, Nietzsche reconoce un aspecto activo que puede crear ideales, pero éstos sólo nacen de su contrario – en efecto, resurge aquí la pregunta nietzscheana “¿cómo *podría* una cosa surgir de su antítesis?”²⁴. Es la mala conciencia la que ha creado la belleza, pues ¿cómo reconocer la belleza sino por el *previo* reconocimiento de la fealdad?

Allí ve Nietzsche la explicación del enigma de cómo puede estar insinuada una belleza en conceptos contradictorios como el desinterés, la autonegación y el sacrificio de sí mismo²⁵. Es a partir de estos tres conceptos contradictorios que podemos pensar la crítica al desinterés desde las tres dimensiones que hemos reconocido: la estética, la ontología y la ética. Estos tres órdenes que hemos elegido como perspectivas desde las que se puede analizar la crítica al desinterés parecen estar inseparablemente imbricados en el pensamiento nietzscheano, y es precisamente esta imbricación la que da sentido y relevancia a la crítica.

Estética, ética y ontología: voluntad de poder

La crítica al desinterés podría considerarse en principio como meramente dirigida a la estética del espectador, pero hemos visto que esta estética tiene compromisos ontológicos y éticos que hacen que el concepto de interés tenga un alcance mayor del que se puede ver a primera vista. Recuperar este interés implica pensar el arte desde el punto de vista del artista como también pensar una ética que no suspenda los

²² Esta suspensión se genera en el “sortilegio de la sociedad y de la paz”. No trataremos este tema para no desviarnos del enfoque ético-ontológico. (ingresar en esta discusión volvería al enfoque más bien ético-político.)

²³ Cf. Nietzsche, F., *La genealogía de la moral*, trad. A. Sánchez Pascual, Madrid, Alianza, 2008, II, §16.

²⁴ Nietzsche, Friedrich, *Más allá del bien y del mal*, trad. A. Sánchez Pascual. Madrid, Alianza, 2007, §2. (También en Nietzsche, Friedrich, *Humano, demasiado humano*, trad. A. Brotons Muñoz. Madrid, Akal, 2007, §1.)

²⁵ Cf. Nietzsche, Friedrich, *La genealogía de la moral*, trad. A. Sánchez Pascual. Madrid, Alianza, 2008, II, § 18.

instintos y una ontología en la que el sujeto no tenga que negarse a sí mismo. Una ética pensada desde la crítica al desinterés acaso deba recuperar lo subjetivo fenoménico, no para sublimarlo sino para recordar que el cuerpo mismo también es voluntad de poder, y de la misma manera en que el sujeto “yo” no es condición del predicado “pienso”²⁶, el sujeto como ficción lógica tiene la capacidad de pensar sus actos no como predicados que *posee* y cuyos principios de determinación controla o es capaz de controlar, sino como consecuencias de una configuración de fuerzas que reúne tanto las determinaciones racionales de la voluntad como aquellas que provienen de los instintos naturales: en efecto, los valores vitales son esta configuración en su totalidad.

Así como Cacciari reconoció que en Nietzsche la estética no es un dominio filosófico “especial” sino que el arte es un problema metafísico-filosófico²⁷, diremos que este problema es también ético y ontológico. La crítica al desinterés no sólo ataca al punto sobre el que se sostiene la argumentación kantiana que afirma la existencia de un juicio de gusto, sino también al motor que en cierta medida da sentido en la teoría moral de Kant a la búsqueda de un fundamento de la determinación de la voluntad que no sea material y a los presupuestos que en Kant determinan una relación entre sujeto y objeto que funciona en detrimento del primero. Al hacer esto, Nietzsche presenta mediante la crítica de la antítesis entre lo subjetivo y lo objetivo un punto fundamental de su propia propuesta filosófica, para la cual la configuración de lo real es fragmentaria y donde afirmar el desinterés implicaría una detención tajante del flujo de fuerzas que es la voluntad de poder.

²⁶ Nietzsche, Friedrich, *Más allá del bien y del mal*, trad. A. Sánchez Pascual. Madrid, Alianza, 2007, §17.

²⁷ Cf. Cacciari, Massimo, “Ensayo sobre la inexistencia de la estética nietzscheana” en *Desde Nietzsche. Tiempo, arte, política.*, trad. Mónica B. Cragolini y A. Paternostro, Biblos, 1994, p. 83.

Bibliografía

- Agamben, Giorgio, *El hombre sin contenido*. Barcelona, Áltera, 2005.
- Allison, Henry, *Kant's Theory of Taste: A Reading of the Critique of Aesthetic Judgment*. Cambridge, Cambridge University Press, 2001.
- Cacciari, Massimo, "Ensayo sobre la inexistencia de la estética nietzscheana" en *Desde Nietzsche. Tiempo, arte, política.*, Biblos, 1994.
- Deleuze, Gilles, *La filosofía crítica de Kant*. Madrid, Cátedra, 1997.
- ———., *Nietzsche y la filosofía*. Barcelona, Anagrama, 1986.
- Kant, Immanuel, *Crítica de la razón práctica*. México, Porrúa, 2007.
- ———., *Crítica de la razón pura*. Buenos Aires, Colihue, 2009.
- ———., *Crítica del juicio*. Madrid, Espasa Calpe, 2001.
- ———., *Fundamentación de la Metafísica de las Costumbres*. México, Porrúa, 2007.
- Nietzsche, Friedrich, *El nacimiento de la tragedia*. Madrid, Alianza, 1980.
- ———., *Estética y teoría de las artes*. Madrid, Tecnos, 1999.
- ———., *Genealogía de la moral*. Madrid, Alianza, 2008.
- ———., *Humano, demasiado humano*. Madrid, Akal, 2007.
- ———., *Más allá del bien y del mal*. Madrid, Alianza, 2007.